

Bienes digitales públicos

Julian Stallabrass

© New Left Review, mayo-junio, 2002.

Traducción: Iris Montero

La siguiente leyenda aparece muy rara vez en la página legal de un libro impreso: "Se otorga permiso de reproducir, distribuir y/o modificar este documento bajo los términos de la Licencia de Documentación Gratuita del programa gnu [con siglas gfdl], versión 1.1 o cualquier versión posterior publicada por la Fundación del Software Gratuito.

" Sin embargo, sí la podemos encontrar en la primera página de la nueva biografía del programador y activista del software gratuito Richard Stallman y (como cuenta el epílogo) el inusual acuerdo bajo el cual se publicó, es producto de su severa insistencia.

La leyenda significa lo que dice: cualquiera tiene la libertad de reproducir, cambiar y difundir el libro, siempre y cuando se obedezcan un conjunto de reglas, de las que las más importantes son: a) que se deben reproducir fragmentos constantes del texto, protegiendo el reconocimiento de su autor y b) que cualquier texto modificado o copiado sea sujeto de la misma licencia gfd (siglas para Golden Finder Device).

Y hay más: a partir de junio del 2002, Sam Williams publica la biografía en la página de Internet www.faiozilla.org, donde los lectores "pueden colaborar a mejorar el trabajo o crear una versión personalizada del mismo... Sabemos que en esta historia hay muchos detalles técnicos que pueden mejorarse con información adicional y más detallada.

Como este libro es publicado bajo la gfdl, aceptamos los parches o adiciones como en cualquier programa de software gratuito.

Los cambios acogidos se publicarán electrónicamente y finalmente se incorporarán a futuras versiones impresas del libro.

" Como deja claro su biografía, Stallman es un personaje extraordinario ñun programador de talento sobresaliente, capaz de compaginar las opiniones de los equipos mercadológicos con su propio código escueto y elegante; y un incansable, íntegro e inflexible activista que inició y apadrinó la noción de los bienes informáticos públicos de datos.

Stallman no sólo desarrolló los detalles conceptuales de lo que se ha dado a conocer como copyleft (y que a veces se indica con un símbolo de © invertido), al crear licencias de propiedad pública que cubren software y documentos, sino que también trabajó para producir los elementos fundamentales de un software de sistema operativo gratuito ñuna alternativa sin costo a Windows, Mac OS y otros ñ que cualquier persona puede bajar de la red y modificar.

Fue Stallman quien inició y guió en los ochenta los trabajos para crear una versión de

software gratuito de Unix, que apodó gnu (un chiste común entre los programadores era darle a estas siglas el significado de gnu No Unix).

La ambición extraordinaria de consolidar un sistema de esta naturaleza finalmente se logró usando elementos de gnu junto con un minucioso programa creado, originalmente como recurso temporal, por Linus Torvalds, y que evolucionó en lo que posteriormente se conoció como sistema Linux, que, gracias a los esfuerzos de miles de colaboradores en todo el mundo, se ha convertido en una amenaza al monopolio de Microsoft.

Con su cabello hasta la cintura, su barba suelta, pantalones de poliéster café y camisetas incombinables, Stallman mismo es un gran contraste con el Padrino Digital de Seattle.

Nació en 1953 y, según su madre, devoraba libros de cálculo desde que tenía siete años.

Se educó en las escuelas estatales de Nueva York, en combinación con sesiones sabatinas del Programa Honorífico de Columbia y en un principio vivía la existencia de un retraído genio matemático, leyendo ciencia ficción y la revista Mad, alejado de los movimientos de protesta de los años sesenta.

Después de estudiar matemáticas en Harvard, continuó su carrera en el laboratorio de Inteligencia Artificial (ia) del mit y se mudó a la institución para su trabajo posdoctoral.

(Aunque en la actualidad es oficialmente independiente del Instituto, Stallman sigue operando fuera del número 545 de la Tech Square.)

Fue en el laboratorio de ia que Stallman halló su camino.

Allí encontró a un grupo unido y solidario de hackers que intercambiaban información de forma gratuita, trabajando dentro de estructuras igualitarias e informales.

La apertura era básica en su código de valores y se defendía con vigor y pragmatismo ñpenetrando en oficinas donde se habían abandonado bajo llave terminales en desuso, por ejemplo.

En este afán, Stallman incluso luchó contra el uso de contraseñas.

Durante los años setenta estos programadores intercambiaban y adaptaban códigos de fuente precompilados, mejorándolos y personalizándolos para que cubrieran sus necesidades.

Desde principios de los ochenta, cuando el uso de las computadoras se generalizó y el software se convirtió en un producto demandado, las compañías comenzaron a registrar sus programas y a retirar los códigos de fuentes del dominio público.

Para programadores como Stallman, esto fue una afrenta a lo que más atesoraban, pues el material en el que habían trabajado durante años les fue arrebatado de las manos ñun acto comparable con la expropiación de la tierra comunal.

Rápidamente, Stallman definió su posición oponiéndose firmemente a este cambio: no usaría software que no tuviera la posibilidad de alterar o distribuir a otros.

Se apoyaba en que los códigos computacionales no eran escasos como lo eran los bienes materiales.

Stallman los comparaba con recetas: evitar que la gente las cambiara o les diera vuelta para que se ajustaran a sus gustos era autoritario, moralmente incorrecto y contaminante para las relaciones sociales que en el pasado habían sido abiertas y basadas en la colaboración.

Stallman argumenta que mientras las compañías abordan el tema del control del software sólo desde el punto de vista de la maximización de las ganancias, la comunidad de hackers tiene una perspectiva muy diferente: "¿qué tipo de reglas hacen posible la existencia de una sociedad justa que sea justa para la gente que vive en ella?" La idea del software gratuito no es privar a los programadores de las ganancias que generen sus esfuerzos ñde hecho, ya se han amasado algunas fortunas en el gremioñ, sino oponerse a que el mercado del software comercial se base sólo en generar toda la riqueza posible para las compañías que los contratan.

El software gratuito tiene muchas ventajas.

Permite a las comunidades de usuarios alterar los códigos para que los programas se vuelvan económicos y libres de virus y se adapten rápidamente a los cambios tecnológicos.

Además, hace posible que aquellos con necesidades especializadas puedan reestructurar los códigos para cumplir con sus requerimientos.

Dado que los programas tienen que operar en combinación unos con otros, es importante para quienes trabajan en ellos tener la posibilidad de analizar códigos ya existentes, sobre todo cuando se trata de sistemas operativos ñde hecho, muchos piensan que una de las formas en que Microsoft ha mantenido su dominio ha sido porque sus programadores que trabajan, digamos, en Office, tienen acceso privilegiado al código Windows.

Pero lo más importante del software gratuito es que provee acceso con base en las necesidades de los clientes, no en su capacidad de pago.

Estas consideraciones han atraído a mucha gente al proyecto.

Se han consolidado comunidades eficientes que ofrecen asesoría e información para dar apoyo a usuarios y programadores.

El intercambio libre de software ha llevado a algunos analistas a comparar la economía de los regalos en línea con la ceremonia potlatch de los indios del noroeste norteamericano, en la que la gente obsequia regalos extravagantes o sacrifica bienes para aumentar su prestigio.

Pero hay una clara diferencia entre los dos, pues la reproducción y distribución de software

es casi libre de costos final menos si se excluye la fuerte inversión inicial de la computadora y la instalación de la red.

Si un programador distribuye un programa que la computadora ha reproducido, el costo involucrado es el tiempo que tomó reproducirlo cualquiera puede tener una copia sin que el inventor sea materialmente más pobre.

Ha surgido una lucha ideológica alrededor de este punto entre los idealistas, representados por Stallman, quienes quieren que el software sea realmente gratuito, y los pragmáticos, quienes preferirían evitar asustar a las grandes corporaciones.

El término "gratuito" está asociado con la hostilidad hacia los derechos de propiedad intelectual, según argumenta Eric Raymond en su libro *The cathedral and the bazaar* incluso con el comunismo.

Él prefiere el enfoque de "fuente abierta", que podría sustituir estas horribles asociaciones con "anécdotas pragmáticas, agradables a los oídos de los gerentes y los inversionistas, con más confiabilidad, costos más bajos y mejores características".

Para Raymond, el sistema en el que se produce software de fuente abierta como Linux se aproxima a la condición ideal de libre mercado, en que los agentes egoístas maximizan su propia utilidad y por lo tanto crean un orden espontáneo y automejorable: los programadores compiten para crear el código más eficiente, y "el medio social selecciona sin piedad buscando competencia".

Aunque los programadores pueden parecer personas desinteresadas que ofrecen el obsequio de su trabajo, su altruismo oculta la búsqueda egoísta de prestigio en la comunidad de hackers.

Por otro lado, otros han ensalzado el elemento comunista de este acuerdo.

Aunque no se menciona explícitamente al software gratuito, parece estar detrás del argumento de Hardt y Negri en su libro *Empire*, donde afirman que la nueva forma de producción dirigida por computadora hace "completamente inminente la cooperación para la actividad laboral en sí".

Los unos necesitan a los otros para generar valor, pero estos otros ya no provienen necesariamente del capital y sus poderes organizacionales.

En cambio, se trata de comunidades que producen, y mientras lo hacen, se reproducen y se redefinen a sí mismas; el resultado es nada menos que "el potencial para un tipo de comunismo espontáneo y elemental".

Como apuntó Richard Barbrook en su controversial entrega electrónica "Cyber communism", la situación ciertamente, le hubiera resultado familiar a Marx: las fuerzas de producción han entrado en conflicto con las relaciones de producción existentes.

La economía del software gratuito combina elementos asociados tanto con el comunismo como con el libre mercado, pues como los bienes son gratuitos, las comunidades de desarrolladores de producto brindan soporte de forma altruista a los usuarios y la apertura y la colaboración son esenciales para el funcionamiento continuo del sistema.

Es posible generar riqueza, pero no necesario, y el sistema está protegido y sustentado por una herramienta legal usurpada del capitalismo: los derechos de autor.

El resultado es una proliferación de los bienes digitales públicos: la Licencia Pública General (lpg) de Stallman hace uso de derechos de autor, en su caso, copyleft para asegurar la propiedad común del software.

Dado que todas las versiones derivadas deben ser reproducibles (aun aquellas que lleven un pequeño fragmento de la fuente original) los bienes públicos crecen, y el software gratuito se disemina como un virus, en opinión de un viperino ejecutivo de Microsoft, como un cáncer.

Siguiendo el argumento, cierto vicepresidente de Microsoft se quejó de que la introducción de las lpg, "fundamentalmente desincentivan el sector independiente de la industria del software comercial porque imposibilitan la distribución del software hacia aquellos que pagan por el producto" y no sólo los costos de distribución.

Cuando se le pidió ahondar en los comentarios sobre sus convicciones políticas, Stallman contestó: "Dudo exagerar la relevancia de este pequeño charco de libertad... Y es que las áreas más conocidas y convencionales de trabajo por la libertad y por una mejor sociedad son tremendamente importantes.

Yo no diría que el software gratuito sea tan importante como aquéllas.

Es la responsabilidad que yo acogí, porque cayó en mi regazo y vi la manera de hacer algo al respecto.

Pero, por ejemplo, acabar con los excesos policiales, terminar con la guerra contra las drogas, finalizar todos los tipos de racismo que aún existen, ayudar a que todos tengan una vida digna, proteger los derechos de las personas que realizan abortos, protegernos de la teocracia, estos son temas realmente importantes, mucho más de lo que yo hago.

Tan sólo quisiera saber cómo hacer algo por ellos.

"De hecho, una visita a la página de internet de Stallman, www.stallman.org, muestra sus esfuerzos para movilizar la opinión pública en torno a una amplia gama de asuntos políticos.

Más allá del pequeño charco, las ideas de Stallman tienen una resonancia mayor.

Conforme la música, las imágenes y los textos se digitalizan y se separan de su soporte material de plástico o papel, muchas de las consideraciones que aplican para el software

gratuito les son relevantes.

La cuestión, de nuevo, no es sólo reproducir, sino alterar.

En el número 13 del *New Left Review*, Sven Lütticken describió con elocuencia las ventajas del "robo" intelectual.

En internet, los retos de los derechos de autor son considerables, dado que la gente intercambia archivos utilizando programas de enlace directo que evaden toda vigilancia central y control.

Este intercambio gratuito de bienes culturales se pretende no sólo para el consumo personal, sino como materia prima para su alteración activa. Como antes es más notorio en la música, donde son comunes el sampleo y la mezcla de diversas fuentes, pero también en video, donde proliferan los cortometrajes amateurs de programas de televisión y películas.

En algunas ocasiones tales apropiamientos se llevan a cabo con intenciones subversivas. Por ejemplo, cuando se copia el contenido de sitios oficiales para la sátira, tales como los patrocinados por el grupo RTMark, www.rtmk.com.

En el mundo del arte en línea, los intentos por reclamar propiedad exclusiva de obras o sitios de internet se han topado en ocasiones con la practicidad del acto político del hackeo o la reproducción ilícita.

El mismo Stallman hace una distinción entre lo que llama obras funcionales (herramientas de software, manuales y guías de referencia, por ejemplo), obras científicas e históricas, y obras de arte.

Desde su perspectiva, todas debieran ser copiadas y distribuidas gratuitamente, pero los últimos dos tipos de obras debieran ser sólo modificables bajo el consentimiento del autor.

Stallman, cuya defensa del software gratuito es en esencia moral, no duda en proponer que la distribución gratuita de software se aplique por igual a los bienes culturales: "la cantidad de personas que encuentran útil al programa Napster... me indica que el derecho a distribuir reproducciones, no sólo entre vecinos, sino al público en general, es esencial y por lo tanto no debe ser eliminado".

En un planteamiento bien conocido, Stallman arguye sobre el software gratuito: "No pensemos en gratuito como en barra libre, sino como en libertad de expresión." De hecho, gran parte del software gratuito en realidad está casi libre de costo; en la misma línea, el intercambio de archivos con música, imágenes o video bajados de la red es sumamente barato.

Aunque esto es a menudo ilegal bajo el marco jurídico actual, no está suficientemente claro si la ley podrá ejecutarse de forma más exitosa que cuando se copiaba música en casetes.

Muchas de las ventajas en favor del software gratuito también son aplicables a otros bienes

ñen particular, pero no de forma exclusiva, a los bienes digitalizados.

El argumento sobre la eficiencia resultante de la revisión entre colegas es contundente.

En www.foresight.org, el novedoso ensayo de K.Eric Drexler sobre el potencial de los hipertextos, destaca el hecho de que las discusiones en papel se desarrollan lentamente (al menos en círculos académicos), debido al tiempo que se necesita para su entrega, revisión, publicación y distribución; y lo mismo es extensivo a cualquier réplica que vaya a ser publicada.

Incluso, el resultado final permanece incólume y aislado de los comentarios que hubiera generado.

Los hipertextos permiten una revisión rápida, minimizan la escala temporal que incluye recibir una respuesta y pueden enlazar todos los textos relacionados.

La copia gratuita, los enlaces y las alteraciones son esenciales para este proceso.

En el caso de las obras culturales, el derecho de alterarlas es un asunto de libertad de expresión, como queda de manifiesto cuando los artistas son demandados por ilustrar con imágenes de Barbie, con logotipos de empresas o incluso cuando incluyen marcas comerciales.

Las corporaciones no sólo desean convertir a sus marcas y diseños en una poderosa divisa cultural, sino también controlar el uso que se haga de ellas.

La imposibilidad de jugar con la imagen de Mickey Mouse o Ronald McDonald por el temor a entrar en litigios es una velada forma de censura cultural.

De forma similar, la reproducción y alteración de obras de arte en línea por otros artistas ha sido muy importante para el desarrollo de mucho del arte Net ñel robo o plagio se convierte así en adulación.

El asunto del copyleft tiene grandes implicaciones para la izquierda.

Consideremos el ejemplo de New Left Review.

Su mandato en la red es ofrecer gratuitamente todas las intervenciones políticas de actualidad y una selección de los artículos de cada número en www.newleftreview.org, mientras que el acceso electrónico a los contenidos completos de la revista está disponible sólo para suscriptores.

Al mismo tiempo, la revista está protegida por derechos de autor y obtiene los recursos financieros para su publicación de las suscripciones, ventas en librerías y derechos de reimpresión.

Bajo un acuerdo tipo copyleft, la distribución del material de la revista sería ofrecida

gratuitamente a todo el que así lo desee o necesite.

Aquellos que pudieran darse el lujo de adquirir el más conveniente y atractivo empaque del material que la revista física ofrece, la seguirían comprando y no se negaría el material a quienes sólo necesitaran el contenido sin su empaque.

Más aún, los documentos podrían anotarse, actualizarse y presentarse junto a sus críticas (esto puede realizarse con gran conveniencia y velocidad en la red, pero no debería limitarse a la esfera virtual).

Al igual que con el software gratuito, la ambición sería la proliferación de los bienes públicos escritos y de otros materiales culturales; una esfera donde el acceso estuviera determinado por la necesidad y no por el precio.

En casos como este, ¿acaso el trato que plantea el copyleft no sería mayor acceso y bona fide que incrementarían el ingreso en lugar de reducirlo? Mientras los robots micrométricos no trabajen intensivamente en la manufactura de bienes, no habrá barras libres totalmente gratuitas. A pesar de que el artista y programador Joshua Portway ha destacado que el milagro de Jesucristo con las hogazas de pan y los pescados fue el primer sándwich de código abierto.

Sin embargo, la libertad de expresión y la libertad cultural, protegidas por los mismos mecanismos establecidos para restringir la propiedad y maximizar utilidades, sí pueden ser gratuitas.

La partícula left (que significa "permitido") del copyleft merece seria consideración como un asunto de conveniencia y principios.

Tal vez así el pequeño charco de libertad de Stallman podrá conectarse con algún océano